

CARLOS GARAIKOETXEA

JOSÉ ANTONIO AGIRRE, UN GRAN LÍDER

Para gentes como yo, de la generación de la posguerra, José Antonio Agirre fue un ser mítico. Recuerdo la fascinación que en mis años mozos me producía oír hablar de sus mítines vibrantes, su liderazgo en el movimiento de alcaldes que culminó en el Estatuto de Lizarra, su abatimiento en la Asamblea del Teatro Gayarre de Iruña, cuando, por un estrecho margen, la traición de algunos representantes municipales separó a Navarra de aquel proceso autonómico vasco... En mi imaginación infantil, el lehendakari Agirre, soportando la traición de Goikoetxea en el Cinturón de Hierro, último reducto de la resistencia que él dirigía, despertaba un sentimiento profundo de rabia y desprecio hacia el felón, y su claridad de ideas —al declarar compatibles sus hondas convicciones religiosas con la tan denostada república laica, afrontando el anatema de aquella jerarquía eclesiástica española, y más tarde, su terrible decepción al producirse la traición de los países tras la guerra mundial, con su apoyo al dictador y el abandono de quienes habían prestado su ayuda generosa y sus ideales democráticos en la gran contienda contra el nazismo—, suscitaba en mí admiración y un sentimiento de solidaridad e indignación ante tanta traición y tanta injusticia. Imaginaba las tribulaciones de aquel hombre joven, líder de una generación irrepetible, que tenía que afrontar semejantes situaciones.

He citado algunos retazos, vivos en mi memoria, de aquellas primeras impresiones de la figura de

Agirre que se grabaron en mi mente infantil, que al igual que el asesinato de su homónimo y alcalde de Estella, compañero de fatigas en el movimiento de alcaldes pro Estatuto Vasco, Fortunato Agirre, dejaron en mí huella para siempre. Más tarde, cuando leí “Entre la Libertad y la Revolución”, o “de Gernika a Nueva York, pasando por Berlín”, junto con “La Causa del Pueblo Vasco” de Javier de Landaburu, quedé definitivamente encaminado por la senda del nacionalismo vasco. Manuel de Irujo completó la fascinación que Agirre, el líder por antonomasia, despertó en mí. Por cierto, Irujo luego me comentaría muchas veces la extraordinaria conjunción de cualidades que concurrían en la persona de Agirre. No sabía cuál destacar, solía decir, era la concurrencia de todas ellas la que le convertía en un dirigente tan singular.

Alcalde de Getxo, diputado en todas las legislaturas de la República y lehendakari a los siete días de aprobarse el Estatuto Vasco el 1 de octubre de 1936, en plena guerra civil, y con gran parte del territorio vasco en poder de los facciosos, causa admiración la ingente tarea que aquel equipo liderado por el primer lehendakari fue capaz de llevar adelante. Por de pronto, Agirre demostró una de sus cualidades más extraordinarias: su capacidad para aunar a todas las fuerzas políticas opuestas al fascismo, formando un Gobierno con seis partidos tan diferentes como PNV, PSOE, Izquierda Republicana, Partido Comunista, Acción Nacionalista Vasca y Unión Republicana, y consiguiendo una cohesión ejemplar entre todos ellos en circunstancias extremadamente dramáticas.

En el breve período de tiempo, (no llegó a nueve meses), en que el ejecutivo así formado pudo gobernar apenas en Bizkaia, resulta admirable las tareas que fue capaz de acometer: restableció el orden público como en ninguna otra parte de la República se habría logrado en aquellos trágicos momentos; mantuvo el culto y garantizó el respeto a los establecimientos religiosos, una notable excepción en aquellas circunstancias; organizó las milicias vascas que dirigió personalmente en condiciones desesperantes, en medio de “la no intervención” de las democracias colindantes que impedían el abastecimiento de armas, y el desoímiento de Prieto y Azaña



Grupo de estudiantes de Derecho en un patio de la Universidad de Deusto, donde cursó sus estudios. José Antonio Agirre es el primero por la derecha de la cuarta fila (en orden ascendente).



Caricatura de José Antonio Agirre vestido con la indumentaria del Athletic, equipo del que fue jugador.

a sus demandas desesperadas de apoyo y material militar. No le faltó tiempo para crear la Universidad Pública Vasca o imprimir moneda...

Resulta elocuente el comentario de G. L. Steer, corresponsal de "The Times", en su libro *The tree of Gernika*: "Los vascos se consideran orgullosos del año en que se gobernaron a sí mismos, de cómo mantuvieron el orden y una verdadera paz religiosa, y dieron libertad a todas las conciencias, y alimentaron a los pobres, curaron los heridos y condujeron todos los servicios del Gobierno sin una sola disputa. Sólo ellos en toda España demostraron hallarse aptos para gobernar; mientras los otros asesinaban, aterrorizaban a la clase trabajadora y vendían su patria a los extranjeros, ellos unieron su pequeña nación con fuertes lazos de humana solidaridad... Podrían esperar, como lo hago yo, que en lo sucesivo su obra sea coronada por un mayor éxito, pero difícilmente que su conducta sea más digna y honorable".

Si en la guerra y en situaciones de extrema dificultad Agirre en su Gobierno demostró su capacidad de liderazgo y de concitar la unidad de diferentes líderes políticos, (hasta el extremo de que surgieran en algunos casos graves discrepancias entre éstos últimos y sus respectivos partidos), desde el exilio no desfalleció en su labor de presentar ante el mundo la causa del Pueblo Vasco, (junto con sus compañeros Irujo, Landaburu, Leizaola etc.), y, al mismo tiempo, apoyar con brío la causa de la democracia frente a los totalitarismos, así como el proyecto de una Europa federada, una Europa de los Pueblos, junto con los principales líderes europeos, impulsores de lo que después llegaría a ser la Unión Europea.

Instalado el Gobierno del exilio en París en 1946, fundó la Liga Internacional de Amigos de los Vascos con más de cincuenta mil adherentes, entre los que se encontraban relevantes figuras de la política, intelectuales, artistas y escritores de la época. Y en el Congreso de la Haya, como he señalado antes, contribuyó con los más destacados líderes europeos a poner las primeras piedras de la construcción de una Europa unida.

“La tarea del futuro va a ser obra de todos”

Mensaje con motivo del XI aniversario de la constitución del Gobierno Vasco.
7 de octubre de 1947.

Desgraciadamente, pronto le pagaría el Gobierno francés el combate de los gudaris vascos contra la ocupación nazi en la contienda europea y su defensa de los ideales democráticos y europeístas, con la confiscación de la sede del Gobierno Vasco en el exilio en la Avenida Marceau de París en 1951, entregándose al dictador español, rematando tres años después la faena el entonces ministro de Interior Francois Mitterrand con el cierre de la emisora Radio Euskadi. Casi al tiempo que Eisenhower se paseaba por Madrid saludando con Franco en un coche descubierto a quienes les aclamaban enfervorizados por las calles.

Seguramente, el gran corazón de Agirre, que había resistido con firmeza las duras refriegas de los parlamentos y las batallas cruentas de la guerra, no pudo resistir la amargura de la traición y estalló en 1960, cuando aún joven, tanto le necesitaba su pueblo. Pero su recuerdo siguió inspirando a quienes creyendo en la justicia de la reivindicación nacional de Euskalherria, consideramos que su firmeza democrática y su concepción ética de la política constituían el ejemplo a seguir.

